

Apuntes de la Escuela de comunidad con Julián Carrón en videoconexión desde Milán, 15 de julio de 2020

Textos de referencia: J. Carrón, Un brillo en los ojos. ¿Qué nos arranca de la nada?, capítulo 2. «¿Cómo colmar este abismo de la vida?» y L. Giussani – S. Alberto – J. Prades, Crear huellas en la historia del mundo, Encuentro, Madrid 2019, capítulos 1. «El acontecimiento cristiano como encuentro» y 2. «La permanencia del acontecimiento en la historia» (pp. 19-124).

- *Luntane, cchiù luntane*

Gloria

Continuamos nuestro camino abordando esta noche el segundo capítulo del libro *Un brillo en los ojos*, titulado «¿Cómo colmar este abismo de la vida?». Teniendo presente todo lo que hemos dicho hasta ahora, empecemos a verificar los intentos de cada uno para responder al problema planteado en el capítulo anterior: ¿qué nos arranca de la nada? Lo queramos o no, todos llevamos a cabo esos intentos, consciente o inconscientemente, para salir de la nada, porque la exigencia profunda de nuestra humanidad no nos deja en paz y por eso nos lanza en busca de algo que pueda responder al interrogante de Miguel Mañara: «¿Cómo colmar este abismo de la vida?» (O. Milosz, *Miguel Mañara*, Encuentro, Madrid 2009, p. 27).

Muchas veces pensamos que la respuesta consiste en pasar página lo antes posible. Me escribe una persona: «Este trabajo sobre el deseo me está abriendo el corazón y la mente. Hoy hemos hecho una asamblea sobre el segundo capítulo y me ha llamado mucho la atención ver que existe la tentación de “hablar” mucho de Cristo, pasando por encima del deseo, dándolo un poco por descontado; y así no se entiende quién es Cristo».

Pero a algunos puede parecerles demasiado limitado hablar del deseo, de la pregunta.

Hola Julián. Tras participar en la Escuela de comunidad del 17 de junio, surgieron en mí ciertas preguntas y reflexiones que deseo compartir contigo. El aspecto en el que más insistías indicaba que, si el hombre siente en su corazón poderosamente la pregunta, eso implica que existe la respuesta. Creo que tú concibes la pregunta como una exigencia constitutiva que representa el tejido propio de lo humano. Tu razonamiento, confirmado por la preciosa cita de Karen Blixen, es lógicamente correcto. Dice la cita: «Dios no crea un deseo o una esperanza sin tener dispuesta una realidad que lo cumpla». Pero luego, pensando en mí misma, en mi experiencia, me preguntaba hasta qué punto la cuestión de la pregunta describe todo mi itinerario humano. Desde pequeña he vivido en un ambiente de parroquia y mis padres, sin ser creyentes, siempre me dejaron libertad para asistir a los sacramentos y luego a los cursos de post-confirmación, hasta los dieciocho años. Después fui a la universidad. En aquellos años empecé a conocerme realmente y comprendí también cuál era el camino, es decir, la educación, por mi deseo de ser amada. No fue por una reflexión interior sobre mis deseos, bastante confusos, sino por el impacto con amigos que vivían el carisma de CL y se tomaban en serio el estudio, la relación con compañeros y profesores, el tiempo libre, el afecto, la vida entera. Uniéndome a ellos, comprendí que deseaba esa plenitud de vida. Era por tanto la respuesta (una respuesta carnal: esos amigos) a lo que yo esperaba, incluso en lo más recóndito, que me quitó el velo y me regaló a mí misma. Esta dinámica perdura, incesante, aún ahora, llenándome de gratitud hasta en los dramas que la edad adulta no me ha ahorrado. La vida de Cristo, que me alcanza mediante la compañía del movimiento, se vale de mí, de mi inteligencia y creatividad, en cuanto el soplo de mi libertad se adhiere. Alguien me ha conquistado y lo sigue haciendo, fascinándome con la belleza y gratuidad que solo Él sabe generar y que yo veo aflorar en mi vida y en la de mis amigos. Tener a mi alrededor una compañía de “resucitados”, gente alegre y en paz hasta en el dolor y ante los imprevistos de la vida, para mí era y es la única posibilidad de que la pregunta no me devore. Cristo pidió a los suyos que estuvieran con Él y le

siguieran; y estando con Él todo el revoltijo del corazón encuentra una mirada y una relación a la que aferrarse. Siempre pienso en el versículo de Oseas que dice: «Mi pueblo está sujeto a su apostasía. También claman hacia lo alto pero el ídolo no puede salvarlos» (Os 11,7). Por tanto, para mí la pregunta se descubre y se aclara ante una Presencia que ayuda a levantar la mirada, esa mirada que, inclinada solo sobre nosotros mismos, a veces nos lleva a replegarnos. Creo que quieres acompañarnos en un camino paso a paso, siempre lo hemos visto, también en los Ejercicios. Pero sentía la necesidad de decirte que en la última Escuela de comunidad percibía como un pedazo demasiado limitado del camino, sin poner la vista en el horizonte abierto y siempre nuevo de la experiencia humana completa. Era como si me faltara el aire y me preguntaba si –como método– eso de fragmentar el camino, sin mostrar la totalidad, puede ayudar realmente. Me parece que en la experiencia sucede todo junto, no hay un análisis de las partes. Creo que a quien ya le cuesta, así corre el riesgo de costarle más. Quería decirte todo esto para que me ayudaras a identificarme con el camino que nos indicas. Si lo he entendido mal, ten la caridad de acompañarme para entender. Espero en todo caso que hayas comprendido las razones de esta iniciativa personal por mi parte.

Las comprendo perfectamente. Por eso me alegro de que hayas tenido la libertad de plantear delante de todos tu pregunta y tu percepción de las cosas. Es cierto que la última vez no describí el itinerario humano completo –por otro lado, no era mi intención hacerlo– porque quería subrayar un aspecto decisivo del camino, partiendo de la constatación de que a veces tenemos demasiada prisa por pasar a “hablar” de Cristo. Y eso tiene consecuencias, como luego veremos.

El punto que me interesa subrayar es que cada vez que miramos un aspecto de la realidad, ese particular lo lleva todo dentro. Te pongo un ejemplo. Si ves a una persona que tiene una nostalgia loca, que nunca deja de hablar de la ausencia que percibe, si la ves agitada debido a una nostalgia irrefrenable, ¿cómo interpretas ese dato? ¿Esa nostalgia es solo un “fragmento” aislado o es algo tan único que para explicar lo que ves tienes que apelar a algo que no ves? ¿Cómo explicas esa nostalgia? Dentro de ella ya está lo que la suscita. Aunque no “diga” nada del objeto al que se dirige, esa nostalgia no es demasiado poco, pues no existiría sin aquel que la suscita con su ausencia. Por eso, si te encuentras con una persona que tiene una nostalgia loca, no puedes decir que se trate de un aspecto separado del todo, pues separada del todo no existiría.

Cierto.

Esto es fundamental, por eso la vez anterior decíamos que nuestro problema es que a menudo no logramos «ver el fondo del mismo modo que se ven las cosas ordinarias» (L. Giussani, *Los orígenes de la pretensión cristiana*, Encuentro, Madrid 2011, p. 112). ¿Por qué? Porque separamos las cosas ordinarias del fondo que las constituye. Lo veremos al avanzar en el camino de *Un brillo en los ojos*, un intento de ofrecer la propuesta toda entera.

Pero la cuestión que planteas debería haber quedado clara cuando estudiamos el primer capítulo de *Crear huellas en la historia del mundo*. Cuando Jesús se relaciona con un pedazo de la realidad, por ejemplo la flor del campo, uno podría objetar: «¡Pero si solo es un pedazo!». Pero a sus ojos ese detalle lo lleva todo dentro porque, como dice Giussani, «la creación es un acontecimiento [...]. La flor del campo que “el Padre viste mejor que Salomón” es un acontecimiento; el pajarillo que cae – “y el Padre celestial lo sabe”– es un acontecimiento; “los cabellos contados de la cabeza” son un acontecimiento» (*Crear huellas en la historia del mundo*, op. cit., pp. 30-31). La flor es un acontecimiento, tú eres un acontecimiento, tu deseo es un acontecimiento. ¡Cuántas personas se sorprenden al no dar por descontado este deseo! «¿De qué es ausencia esta ausencia, corazón?», se preguntaba Mario Luzi (*Sotto specie umana*, Garzanti, Milán 1999, p. 190). Sobre esto queremos insistir ahora. ¿Por qué? Porque «si no comprendemos y no usamos el término “acontecimiento” tampoco comprenderemos el cristianismo, porque entonces se ve reducido a palabra» (*Crear huellas en la historia del mundo*, op. cit., p. 32).

Precisamente porque en la experiencia sucede todo junto, cada uno de nosotros puede comprobar si el acontecimiento cristiano pone en marcha su razón, empujándola a no quedarse en la apariencia. Es cierto lo que dices, que lo importante es el acontecimiento cristiano, pero para verificar el

acontecimiento cristiano debes empezar a mirar la realidad como la mira Jesús, que no ve nada separado de su origen. En cambio, si contraponés el acontecimiento cristiano con el pedazo de realidad que estás viendo, y si el acontecimiento cristiano no despierta tu razón, permitiendo que te relaciones con todo y con todos (tu familia, tu trabajo, tu dolor, tu deseo), no podrás captar en cada aspecto de la realidad Su acontecer. Porque Cristo –lo hemos dicho muchas veces– no vino para eliminar el sentido religioso sino para despertarlo, para despertar la razón con toda su exigencia de totalidad. Por eso, cuando uno solo vive, como tú dices, inclinado sobre sí mismo, enfrascado en su propia medida, se queda en la apariencia. En cambio Giussani, como recordábamos la vez anterior, percibe en el yo toda la compañía que lo constituye, todo el misterio del Padre que lo está generando. ¿Se entiende? Es decisivo darse cuenta. Si es así para todos los hombres –porque toda la realidad remite a otro, porque la creación es el primer acontecimiento–, más aún para nosotros, que nos hemos encontrado con Cristo, debería ser normal percibir el deseo o la pregunta como el signo más evidente de que la respuesta existe.

Pero volvamos a las prisas por decir «Cristo», que tantas veces nos asaltan.

Desde hace bastante tiempo vivo en un estado de tristeza melancólica, que es mi estado de ánimo dominante desde mucho antes del Covid-19. El tiempo de confinamiento pasó bastante rápido, y si tengo que decir sintéticamente qué fue lo que lo caracterizó, diría que el miedo, no tanto a la enfermedad como a las consecuencias económicas. De hecho, me prodigué por todos los medios para colaborar con la empresa en la que trabajo. Pero la vuelta a la oficina ha estado marcada por varias desilusiones justo a causa del trabajo en el que tanto me había esforzado. Una mañana llamé a una amiga y después de desahogarme llegamos al tema de las vacaciones. Le dije: «Hemos reservado con la familia en tal sitio, ya sabes que soy un tipo “adaptable” a las exigencias de mi mujer, de mis hijos...»; y ella me respondió: «Ahí es donde te equivocas –en lo de adaptable–, ¿por qué no luchas por lo que necesitas?». Fue luminoso. No lucho porque es incómodo, porque hay que hacer un trabajo que puede ser fatigoso. Después, una tarde vi en la mesa los apuntes de la Escuela de comunidad del 17 de junio con los subrayados de mi mujer. Dije: «¿Pero qué encontrará tan interesante? Yo no entendí nada el día 17». Así que agarré los apuntes y lo leí todo seguido. ¡Fue un descubrimiento! Mi vida se vuelve triste por mis prisas por cerrar el asunto, cuando adelanto las conclusiones de todo, por mis prisas por decir: «Cristo», saltándome la vida. Y así la vida se vuelve aburrida e insoportable, aunque no tenga problemas serios. Pero la consecuencia fundamental es que no se ama, porque sin tomar en serio la propia necesidad uno no se cuida a sí mismo ni a la realidad que le rodea. Así que no puedo quejarme porque el trabajo no funcione o porque mis hijos no den pasos, pues el primero que no camina soy yo. Lo que me cuesta entender es que en mi necesidad ya está todo, y que engloba las cosas de la vida, las más grandes y las más pequeñas, todas con la misma dignidad: comer, beber, dormir, trabajo, vacaciones, amistad. He confirmado mi dificultad para reconocer y tomar en serio mi deseo. Te doy las gracias porque desde hace mucho tiempo nos insistes en la necesidad de vivir intensamente lo real, pero yo solo ahora empiezo a intuir algo, llego un poco tarde.

¡Nunca es demasiado tarde!

No sé por qué, pero de pronto todo me parece sencillo y real, la niebla triste se ha disipado, estoy cada vez más agradecido porque el carisma existe y yo puedo seguirlo.

«Mi vida se vuelve triste por mis prisas por cerrar el asunto [...], por mis prisas por decir: “Cristo”», como un sombrero que se pone sobre la superficie de la vida, que así se vuelve «aburrida e insoportable». Esta es la verificación que debe hacer cada uno de nosotros. Por esto que dices, amigo, don Giussani afirmaba: «El motivo por el que la gente ya no cree o cree sin creer (reduce el creer a una participación formal, ritualista, a un conjunto de gestos, o bien a un moralismo) es porque no vive su propia humanidad [falta lo humano], no está comprometida con su propia humanidad» (*Vivendo nella carne*, Bur, Milán 2019, p. 66). Por eso, si Cristo, que vino para despertar nuestra humanidad, no se experimenta como alguien capaz de despertarla de verdad (es decir, de suscitar un compromiso con la propia humanidad), una fe formal, ritualista, no logrará

vencer el aburrimiento. Ese es el motivo por el que mucha gente que tiene fe percibe la vida como insoportable. Giussani insiste en el hecho de que el cristianismo necesita de lo humano: «Cristo se presenta [...] como respuesta a lo que soy “yo”, y solo tomar conciencia atenta y también tierna y apasionada de mí mismo puede abrirme de par en par y disponerme para reconocer, vivir, agradecer y admirar a Cristo. Sin esta conciencia incluso Jesucristo se convierte en un mero nombre» (*Los orígenes de la pretensión cristiana*, op. cit., p. 9)

Buenas noches a todos.

¿Qué has descubierto como útil para ti al tomar en serio todo lo que te ha pasado?

No nos conocemos y me cuesta seguir el movimiento, que para mí ha sido tanto cuna como prisión. Pero igualmente estoy muy agradecida a esta experiencia porque me ha dado ciertos rostros fundamentales que todavía me acompañan. No encuentro tan útil la Escuela de comunidad, leer y releer textos para acabar, sin darme cuenta, pegando palabras a experiencias. Por tanto, normalmente no leo muchos textos propuestos, pero esta vez, por la sugerencia de un amigo, leí primero la Introducción y ahora el segundo capítulo de tu nuevo libro. Me ha sorprendido mucho el tema, totalmente real y concreto en mi experiencia. La llegada del coronavirus fue algo que en cierto modo “esperaba”, pues siempre vivo esperando que llegue algo que me mueva, que rompa la nada a la que me enfrento constantemente. Algunos días estaban marcados por esta experiencia dolorosa, una angustia lacerante que invade mi existencia desde que entré en la vida adulta. Hasta los momentos más agradables, sola o en compañía, suelen ir teñidos de una sutil infelicidad, una sensación constante de insatisfacción. Nada dura, las relaciones no se mantienen, en el fondo todo fluye sin un significado. Es el nihilismo que tan bien describes en la Introducción y que me encuentro estructuralmente encima sin haberlo pedido ni deseado. Con gran esfuerzo he aprendido a mirarlo, aunque abre heridas que cuesta sanar. La cuarentena no me cambió la vida. Más bien me dije: veamos qué pasa en esta nueva “aventura”. Una aventura tremendamente dramática, que sin embargo me trajo algo bueno. Por fin estaba conmigo misma, yo sola frente a Dios. Ya no había que adaptarse a los demás ni fingir que todo iba bien cuando no era así. Me di cuenta de que la vida no solo puede ser un ansia por alcanzar un objetivo que parece desplazarse cada vez más allá, en un tiempo que huye inexorable y mezquino. Cada uno tiene su propio camino y su propio tiempo. Empecé la cuarentena con mi propio proyecto, pero en menos de una semana caí presa de las tareas, me sentía desgraciada en casa y ya no podía hacer nada. Sentía que era un peso para todos. Me di cuenta de que aquella podía ser para mí la ocasión de quitarme de encima mil expectativas. De hecho, llevo años viviendo con una especie de rencor hacia Dios porque un proyecto mío no salió como había imaginado, y me obstinaba en no querer mirar cómo Él lo había hecho florecer por otra vía. En esta circunstancia, mis hijos y mi marido han sido el mayor signo de Su amor por mí. Mediante su presencia, me pedía permanecer en la realidad, responder a sus necesidades y disfrutar de su compañía. Luego intuí, en este diálogo hecho de pequeñas cosas, que tengo una dignidad incluso con mis fragilidades, más aún, que Él me llama justo a través de ellas. La luz que experimento a veces es fulgurante y me llena de un amor que a mi corazón le cuesta contener. El Via Crucis del Viernes Santo propuesto por el Papa fue un momento muy impactante, me sentía en cierto modo muy cerca de la experiencia de quien, por su propio mal, se ve marginado en la sociedad. Lo que más deseo es una mirada que me acoja sin reservas, llena de un amor incondicional. Lo que encuentro alrededor, incluso entre nosotros, es sobre todo un mundo de apariencias, donde la prisión más insidiosa es justamente la incomunicación, esa imposibilidad de encontrar una sola alma en el mundo con la que lograr compartir los pesares más profundos. Pero este sufrimiento lo aferro con fuerza porque me hace ir más al fondo de mí misma y de las cosas; rompiendo el velo de la apariencia, me permite experimentar que yo soy «Tú que me llamas, que me tomas, que me amas». Entonces, la vida para mí se desarrolla en esta espera de que Él se muestre ante mis ojos. No se trata de un esfuerzo por comprender, ni de un trabajo de investigación meticulosa, sino de un diálogo a través de un grito. Y lo único que puedo hacer es «estar». Puedo decir que lo que más se me ha quedado de este tiempo es la conciencia de mí misma, esa ternura de

la que tú hablas, y el diálogo a veces silencioso, otras veces alegre y otras a gritos, con Otro que me llama, para quien está bien tal como soy, incluso con un yo fragmentado e incoherente, aparentemente sin significado.

El movimiento puede ser «cuna» o «prisión», puede ser un lugar donde la vida es abrazada o una prisión que ahoga al yo. El caso del coronavirus, que podría parecer totalmente negativo, es la circunstancia que Dios ha utilizado para ayudarte a tomar conciencia de ti misma para no saltar por encima de tu humanidad, incluidas todas tus dificultades y fragilidades. Más aún, has empezado a percibir que justamente a través de tu fragilidad Otro te llamaba, y has empezado un diálogo con Él, no a pesar sino a través de tu grito. Si no sucede esto, al final la fe queda fuera de la vida, no la alcanza, y por tanto no podemos experimentar su conveniencia humana. Por el contrario, cuando no nos saltamos lo humano, entonces empezamos a tomar conciencia de nosotros mismos, a mirarnos con ternura, y eso marca el inicio de un diálogo misterioso –perdonad el juego de palabras– con el Misterio. Pero muchas veces percibimos nuestra humanidad como un obstáculo. ¿Cómo amarla entonces?

Tú dices que la experiencia, para llegar a serlo, implica un juicio, y que el criterio para formular ese juicio es nuestra humanidad. Mi pregunta es cómo puedo amar mi humanidad si la suelo ver como un abismo, como un peso que cargar. Yo trato de vencerlo con todas mis fuerzas, pero enseguida me doy cuenta de que no puedo. Entonces intento reducir mi pretensión, corrijo mi deseo diciéndome: «Bueno, tengo que conformarme, además tengo muchas cosas, un trabajo, una familia, hijos». Pero enseguida me doy cuenta de que me estoy engañando, que nada de eso basta para colmar este abismo. Resumiendo, la realidad hace saltar por los aires la alambrada que he puesto alrededor y entonces me quedó ahí, delante del abismo. ¿Cómo puedo amar realmente esta humanidad cuando parece que toda mi realidad diaria pende de un hilo? Hay una canción de Guccini, Incontro, que junto a Vedi cara siempre me ha impactado. La canción Incontro dice en un momento dado: «Querida amiga, el tiempo toma y el tiempo da... siempre corremos en una dirección, pero quién sabe cuál y en qué sentido... [...] somos algo que no dura, frases vacías en la cabeza y el corazón lleno de símbolos...» (Incontro, del álbum Radici, 1972, © EMI). ¿Cómo hago entonces para amar, para tener ternura –como decías– por mi humanidad, tan limitada, incapaz de proteger ni siquiera lo más grande, lo más importante, como mi mujer y mis hijas? Yo no soy capaz de defenderlas. A veces hasta me da miedo el límite que tiene mi humanidad. Gracias por todo.

Te agradezco que hayas querido compartir con todos nosotros tus preocupaciones más profundas, y agradezco que exista un lugar donde cada uno puede hacerlo libremente. Todos nosotros tenemos fe, pero es como si no pudiéramos superar ese abismo, y el peso y las fragilidades de la vida se convierten en una carga. En consecuencia, si la fe que todos tenemos no incide en nuestra situación existencial, en un momento dado uno dirá: «No me interesa». Por eso Giussani insistía en que «una fe que no pudiera percibirse y encontrarse en la experiencia presente, que no pudiera verse confirmada por ella, que no pudiera ser útil para responder a sus exigencias, no podía ser una fe en condiciones de resistir en un mundo donde todo, *todo*, decía y dice lo opuesto» (*Educación es un riesgo*, Encuentro, Madrid 2006, p. 19). Una fe separada de la vida no podrá durar mucho.

Por ello, mantengamos abiertas estas preguntas, sin tener prisa por cerrar la cuestión con discursos.

Buenas noches. Leo la contribución que he enviado. «Querido Carrón, te escribo mientras estoy sentado a la entrada del hospital donde mi mujer va a hacerse un TAC; mañana mi hijo pequeño tiene cita con el oculista. Estos días he leído una y otra vez los apuntes de la Escuela de comunidad, tratando de darme razones para estar delante de estas circunstancias. Los que me conocen saben que soy un tipo muy aprensivo. Justo ahora acabo de leer el segundo capítulo de Un brillo en los ojos y me sentía descrito por tus palabras. No bastan ni un discurso ni una ética para estar delante de las preguntas de la realidad. Comprendo que no es una cuestión de razonamientos. Intuyo que todo está en esa ternura que brota sobre el árbol de mi deseo indómito, al mirar mi yo con ternura y en consecuencia mirarlo todo así. Intuyo que esta es la mirada más verdadera que

puedo tener hacia mí mismo y a las circunstancias. Digo que lo intuyo porque no es automático reconocer la verdad y adherirse enseguida a ella. Es entonces cuando descubro que necesito un sostén para dar este paso, se llama oración u ofrecimiento: “Tú que me haces a mí, a la realidad, a mi mujer, a mis hijos y todas las circunstancias, dame la fuerza necesaria para decirte sí”. Ahora comprendo también la insistencia en el rezo del Ángelus todas las mañanas. Querido Carrón, mientras te escribo, mi ansiedad y preocupación no decaen, pero es como si todo mi yo fuera abrazado y comprendido por una Presencia amorosa, que me hace estar deseoso de experimentar el fruto de este yo habitado por Cristo, aquí y en estas circunstancias. Pensando en este momento, a mí y a algunos amigos nos surge hacer una consideración extremadamente sincera, casi con vergüenza. A veces mi confianza en Dios no es total. Digo: “Hágase en mí según tu palabra”, pero es como si en el fondo estuviera diciendo: “Pero solo si tu voluntad coincide en parte con la mía”. Es como si faltara un último paso, más bien un último salto. Me doy cuenta de que fiarse de Cristo al 99,99% no basta, porque la consistencia de mi yo no puede ser parcial».

¡Tal es la exigencia de totalidad que tenemos! Pero es una totalidad a la que nos acercamos instante tras instante. ¿Por qué? Porque necesitamos que la ternura de su Presencia abrace con el tiempo toda nuestra humanidad. Como tú dices, reconocer la verdad no es automático, hay que hacer un camino para que esa Presencia llegue a ser cada vez más nuestra, para que emerja en nuestra manera de estar en la realidad. Si empiezo a intuir y experimentar que todo mi yo es abrazado –sea cual sea mi situación–, si encuentro una respuesta a la situación de mi humanidad (por ejemplo, a la falta de significado que puedo percibir a veces), si me doy cuenta de que esa respuesta es capaz de tenerlo todo dentro, entonces puedo amar verdaderamente mi humanidad. La amo cuando la percibo abrazada profundamente, y me fío al cien por cien, totalmente. Pero este camino es dramático porque requiere poner en juego mi razón y mi libertad.

Cuando uno siente abrazada toda su humanidad, ¿qué ve suceder en sí mismo? Me escribe una persona: «Nace una gratitud profunda, incluso por las heridas y por el dolor, por el grito de la decepción. Porque solo a través de todo ello puedo experimentar la vida en su plenitud».

La última Escuela de comunidad me pareció que estaba muy ligada al capítulo que estamos trabajando esta noche. Dices en un momento dado: «Aunque a veces, por falta de lealtad, de atención o de moralidad última, secundemos lo que no es verdad [tres cosas que conozco bien] y nos dejemos arrastrar por ello, antes o después [¡antes o después llega ese momento!] la humanidad que hay en nosotros nos hace caer en la cuenta de que hemos seguido una gran ilusión» (Un brillo en los ojos, op. cit., p. 39). ¡Qué respiro! Ni siquiera tengo que esperar a que suceda quién sabe qué, solo prestar atención a mi propia humanidad que me da señales, que me muestra que soy irreductible. Precisamente «esta irreductibilidad, este grito, es [...] la “demostración” de otro», decías en la última Escuela de comunidad. Es decir, es dentro de mí, en mí está la evidencia de otro. He reflexionado mucho en el camino que nos propusiste ese miércoles por la noche y, aunque enseguida respiré al escucharte y al escuchar los testimonios, luego me atasqué varias veces pensando que era el resultado de un razonamiento lógico. Y me perdía, me confundía, por ese camino no llegaba. Por eso, volví muchas veces a los testimonios de los amigos que intervinieron y a tus palabras. Empecé entonces a mirar la implicación existencial que supone para mi vida lo que nos estás introduciendo, que me parecía una auténtica revolución. ¡Y lo es! Cuento un hecho. Fui a hacerme una resonancia magnética (porque estuve enferma esta cuarentena) y mientras iba empecé a angustiarme, aunque intentaba quitarme el miedo, me esforzaba en reducirlo. Pero cuando me presenté delante del “tubo” de la resonancia, la angustia volvió de golpe, hasta tal punto que pensé en pararlo todo y decir que no me la hacía porque entré en pánico. Mientras estaba en esa situación, de las entrañas me nació un grito: «Señor, ¡quédate conmigo! ¡Quédate conmigo!». Pero lo asombroso fue la sorpresa, en el instante después de ese grito que me brotó de dentro, de reconocer: «Pero Señor, ¡Tú ya estás conmigo!». Esto pasó en un segundo, y no fue un pensamiento cerebral –en esas condiciones sería imposible– sino un reconocimiento. De hecho, en un segundo pasé del pánico a la paz total. Me sorprendió que en el siguiente cuarto de hora en

aquel tubo estuve relajada; en un momento dado me di cuenta de que estaba a punto de dormirme, de la paz que tenía. Y cuanto más me sorprendía porque esto estaba fuera del alcance de mis capacidades –pues acababa de vivir algo que me decía justo lo contrario–, más me decía: «¡Este eres Tú! Tú estás en mí». En la última Escuela de comunidad decías: «Hay algo más profundo, más estructural en nosotros que grita a Otro». Esa resonancia fue la ocasión de darme cuenta de esto y entender qué significa vivir intensamente lo real.

Explica cuál es la diferencia entre decir: «Señor, ¡quédate conmigo!» y: «Pero Señor, ¡Tú ya estás conmigo!».

La primera frase fue un grito que brotó casi desde dentro del pánico...

Como si uno dijera: «Bueno, si por si acaso estás, ¡ven!», con una invocación que ya en el punto de partida casi no cree que exista una respuesta. Pero cuando te sorprendes diciendo: «Señor, ¡Tú ya estás conmigo!», es un reconocimiento, es el signo de una fe que lleva dentro la religiosidad, es decir, la relación consciente con el Misterio. Una relación que, por el camino que has hecho, se ha hecho tan tuya que enseguida has pasado del grito –«¡quédate conmigo!»– al reconocimiento: «¡pero Tú ya estás conmigo!». Entonces la oración no es, como tantas veces pensamos, una alternativa a la razón («como he entrado en pánico y no razono, entonces pregunto y grito»), sino, como dice Giussani al final del capítulo décimo de *El sentido religioso*, «la conciencia de uno mismo, cuando ahonda», que «percibe en el fondo de sí a Otro [pero Señor, ¡Tú ya estás conmigo!]. Esto es la oración: la conciencia de uno mismo en su profundidad hasta el punto de encontrarse con Otro. Por eso la oración es el único gesto humano en el que la estatura del hombre se expresa totalmente» (*El sentido religioso*, Encuentro, Madrid 2008, p. 153). Es la prueba de la diferencia entre una afirmación y otra. ¿Cómo sé si he utilizado la razón hasta llegar al reconocimiento de Otro en el fondo de mí mismo, cómo sé si he realizado el único gesto humano en el que la estatura del hombre se expresa totalmente? Tú lo has dicho muy sencillamente: estabas en paz, «relajada»; esta es la “prueba de la realidad” que documenta cómo la fe, cuando se vive según su naturaleza –no como alternativa a la razón sino como reconocimiento último por parte de la razón–, es capaz de provocar una revolución: «En un segundo pasé del pánico a la paz total». Esta experiencia tuya se corresponde exactamente con la conclusión del capítulo décimo: «La conciencia verdadera de uno mismo está muy bien representada por el niño cuando está entre los brazos de su padre y de su madre: [...] puede meterse en cualquier situación existencial [por ejemplo, el “tubo” de la resonancia magnética] con una tranquilidad profunda, con la posibilidad de estar alegre. No hay sistema curativo que pueda lograr esto, a no ser mutilando al hombre. Pues ahora, con frecuencia, para quitar el dolor de ciertas heridas [que para nosotros solo son un obstáculo], se censura al hombre precisamente su humanidad» (*Ibidem*, pp.153-154).

Una fe que censura lo humano sería una fe sin sentido religioso. En cambio, una fe que lleva dentro el despertar de lo humano, el despertar del uso de la razón hasta el reconocimiento desde dentro de mí mismo –allí donde tengo la evidencia de Otro, como decía nuestra amiga–, es otra cosa: no es una adhesión piadosa y formal, sino un reconocimiento lleno de razones, una auténtica revolución para ti, que perteneces a Cristo desde que naciste.

Sin embargo, podemos vivir la fe sin este reconocimiento de que Él está con nosotros. Pero cuando una persona empieza a experimentarlo, comienza a entender de qué estamos hablando.

Quiero contarte algo que me ha pasado recientemente y me ha sorprendido mucho. Hace un par de semanas fui con mi mujer y mis hijos a la montaña. Tenía muchas expectativas puestas en estas vacaciones, pero nada más llegar algunas cosas banales enseguida me hicieron cambiar de humor. Por ejemplo, llovía y el pueblo no era como lo había imaginado. Me entristecí y me sentía un poco apático y lánguido. Mientras dábamos un paseo por el pueblo, mi mujer entró en una tienda y me quedé fuera esperándola con el carrito, mirando el móvil aburrido. Pero en ese momento tomé conciencia con sorpresa de que ese sentimiento de tristeza era el signo de la necesidad infinita que me constituye. Ante momentos como este en el pasado, muchas veces me he respondido imponiéndome reclamos moralistas: «Deberías leer más la Escuela de comunidad, deberías rezar

más, deberías hacer más silencio, etcétera». Por el contrario, esta vez empecé a mirar con ternura esta insatisfacción mía, sorprendiéndome por lo inconmensurable que es mi deseo y agradeciendo el hecho de que siga apareciendo. Esta manera de mirarme es una novedad absoluta para mí y sin duda es fruto del camino que nos estás indicando estos meses. Cuando mi mujer salió de la tienda, yo era distinto, fuimos a tomar un aperitivo y me puse a hablarle de mí, mientras que durante todo el viaje de ida había estado en silencio porque no tenía mucho que decirle. Deseo que esta manera de mirarme y esta ternura conmigo mismo se vuelvan cada vez más habituales. Gracias por el camino que nos indicas.

¿Lo ves? La ida y la vuelta fueron totalmente distintas. ¿Qué había pasado? No es que tuvieras ninguna visión, pero en vez de reprocharte una vez más, sencillamente has empezado a mirar con ternura tu insatisfacción, sorprendiéndote por lo inconmensurable que es tu deseo y agradeciendo el hecho de que siga apareciendo. Por una vez, no te has enfadado con tu deseo ni con tu insatisfacción. Y esto –has dicho– ha sido una novedad absoluta porque, aunque llevas tiempo en el movimiento, ahora empiezas a vislumbrar que es fruto del camino que has hecho estos meses. ¿Y qué empiezas a desear? Que esta mirada sea cada vez más habitual en ti.

Nos lo testimonia también un amigo sudamericano, que me escribe: «En la última Escuela de comunidad (después de leerla varias veces y confrontarla con mis peripecias), pude descubrir la tormentosa relación que ha habido durante gran parte de mi vida entre mis exigencias fundamentales (que muchas veces se cruzan con deseos y pasiones equivocadas) y ese Tú que me hace. Sucede cuando miro bien dentro de mí mismo, pero al final tu insistencia en la pregunta que se esconde en nuestra herida y en nuestras pretensiones, y que por vergüenza descartamos, últimamente me ha hecho ver que ahí, en la irreductibilidad de mi yo, se esconde el tesoro del grito que tiene una respuesta. ¡Cuánto tiempo me ha hecho falta para ser consciente de esto! ¿Pero qué puedo decir, de qué podría quejarme si es un don para mi humanidad, algo que me es dado? ¿Qué podría objetar? Últimamente, descubrir esta chispa me satisface porque me hace compañía sin que yo tenga que pretender nada de nadie. Pobre de mí si no acepto fielmente (no coherentemente sino fielmente) esta gran gracia que es descubrir que Dios ha anidado en la oscuridad y profundidad de mi yo. ¡Cuántas veces mirar el fondo de mí mismo me ha hecho sentir mal! ¿Cómo podía nacer una ternura por mi propia humanidad de ese fondo tan oscuro? No se trataba de ser más puro ni mejor, sino de aceptar y cambiar mi manera de mirar esta herida y, a partir de ahí, no dejar de esperar la respuesta, poniendo siempre la esperanza en esa chispa».

También puede suceder ante la respiración de un padre gravemente enfermo, como escribe una persona a un amigo: «Mirar la dependencia del Misterio en cada respiro que Dios concede a mi padre abre mi razón a darme cuenta de que también conmigo es así. Esto me llena de asombro y me hace estar atenta y a la espera». Su amigo le responde: «Es una gracia verle acontecer [a Dios] en tu padre y en ti», ambos conscientes de la respiración que continuamente se nos da. Es darse cuenta de lo que hemos leído en la Escuela de comunidad: ver el fondo, es decir a Aquel que nos da cada respiro, como se ven las cosas ordinarias (cada respiro). Y ella responde a su amigo: «Sí, una gracia que exalta toda mi humanidad, tal como es, con todas sus preguntas, con una evidencia poderosa de su Presencia». Puede ser así, hasta el último respiro.

Leo en el punto dos del segundo capítulo: «¿Qué es esta humanidad nuestra que no se deja engañar, de la que no podemos burlarnos, a la cual no podemos dar una respuesta cualquiera, elegida arbitrariamente? El engaño y la distracción tapan el malestar, pero no nos arrancan de la nada. Aunque esté herida, maltrecha y confusa, nuestra humanidad no se deja confundir, no se deja tomar el pelo por el primero que pasa, y este es el signo de que está menos confusa de lo que parece» (Un brillo en los ojos, op. cit., pp. 38-39). En los últimos dos meses estamos cuidando de mi padre, enfermo terminal que atendemos en casa. Sus condiciones son efectivamente muy graves, pero su espíritu (con altibajos) sigue siendo fuerte. Hace unos días le estaba ayudando a sentarse en la entrada de casa y por la puerta abierta se veía la deslumbrante luz del sol que invadía la mañana. Mi padre murmuró algo y le pedí que lo repitiera, entonces repitió claramente: «¿Qué día

tan bonito! ¡Cómo luce hoy el sol!». En los días siguientes pensé muchas veces en esta frase y me daba cuenta de esto. Primero: es evidente que uno puede estar en la situación más dolorosa, incluso en cierto sentido humillante, pero eso no puede impedir que el corazón grite al interceptar la belleza. Segundo: a nosotros, a mí, nos parece que antes de poder decir: «¡qué bonito!» hace falta estar sano físicamente, sentirse amado y querido, tener unas condiciones laborales no estresantes, o desintoxicarse antes (por ejemplo) del nihilismo, de la publicidad engañosa, de la cultura ilustrada, de los pensamientos maliciosos, etcétera. En cambio, el corazón reclama su espacio casi “prescindiendo” de nosotros mismos. No hace falta ninguna condición previa para que nuestro corazón viva y nos empuje a vivir. Tercero: que el corazón viva no es condición previa para que luego acontezca Otro, sino que ya es la victoria sobre la pereza de nuestras vidas. Añado un post-scriptum. Hace unos días mi madre (que sufre más que mi padre por la situación en que se encuentra pero que también la vive, con altibajos, con un ánimo similar), ante la petición de mi padre un poco tímida y en tono de broma de una cucharadita de helado, con firmeza y conmoción le dijo: «¡Pues claro! Hoy es fiesta, todos los días son fiesta y por eso tenemos que celebrarlo». Entonces pensé que si permitimos que nuestro corazón se exprese, “contagiamos” a los demás y les permitimos vivir la realidad –aunque no sea inmediatamente correspondiente– con apertura de corazón. Gracias.

Gracias a ti. Nosotros también podemos llegar al final de la vida y estar en la realidad de la misma manera que tus padres, pero solo si cada uno de nosotros se compromete personalmente en este camino. De hecho, siempre hay un riesgo al acecho. Como me escribe un amigo que no podía conectarse esta noche, a pesar de que nunca se ha separado de lo que ha encontrado, muchas veces ha vivido la vida del movimiento como «árida, reducida a meros formalismos, sin verdadera adhesión de corazón. El corazón se ha vaciado e inevitablemente se ha llenado de otra cosa. Así empiezan las “desbandadas”, las infidelidades, la adhesión a la mentalidad de todos, aunque quedara un recuerdo lejano y conmovedor de un tiempo en que la felicidad era auténtica y la amistad era real y desinteresada». Poco a poco fue abandonando todos los gestos: los Ejercicios de la Fraternidad, los encuentros, la Escuela de comunidad. Pero en un momento dado, al encontrarse con unos viejos amigos, vio que todo volvía a empezar y a cambiar. Lo expresa así: «Un encuentro despertó y reavivó el primer encuentro». Cuando, por cualquier motivo, una persona se separa del primer encuentro, solo un acontecimiento como el del principio puede volver a ponerlo en camino. Un encuentro despertó y reavivó el primer encuentro, y entonces nuestro amigo empezó de nuevo a vivir. En *Algo que se da antes*, don Giussani afirma que «el toparse con una presencia humana diferente *se da antes*, no solo al comienzo sino también en todos los momentos que siguen a ese comienzo: un año o veinte años después. El fenómeno inicial –el impacto con una presencia humana diferente y el asombro que nace de ello– está destinado a ser el mismo *fenómeno inicial y original de cada momento del desarrollo*. Porque no se produce desarrollo alguno si ese impacto inicial no se repite, es decir, si el acontecimiento no sigue siendo siempre contemporáneo». Por eso, continúa, cuando se produce una «discontinuidad» con el inicio, cuando el inicio se convierte para la persona en un «devoto recuerdo», ¿cómo colmar esa discontinuidad? «Hace falta que vuelva a suceder lo que les sucedió al principio: no “como” sucedió al principio sino “lo que” sucedió al principio; el impacto con una diferencia humana donde se sigue renovando el mismo acontecimiento que les movió en un principio» (L. Giussani, «Algo que se da antes», en *Huellas*, Página Uno, noviembre 2008).

Lo que hemos dicho hoy es crucial para la fe. Siempre me ha impactado una frase que don Giussani pronunció en Chieti en 1985: «En el clima moderno, nosotros los cristianos nos hemos separado no de las fórmulas cristianas directamente, no de los ritos cristianos [podemos seguir participando formalmente] directamente, no directamente de los Diez Mandamientos. Nos hemos separado del fundamento humano, del sentido religioso. Tenemos [entonces] una fe que ya no es religiosidad. Vivimos una fe que ya no responde como debería al sentimiento religioso; [...] una fe no consciente, una fe que ya no tiene inteligencia de sí misma [que por eso muchas veces resulta piadosa y no alcanza los pliegues de la vida, siguiendo la expresión de Reinhold Niebuhr: “Nada

hay tan poco creíble como la respuesta a un problema que no se ha planteado”]. Cristo es la respuesta al problema, a la sed y al hambre que el hombre tiene de la verdad, de la felicidad, de la belleza y del amor, de la justicia, del significado último» (L. Giussani, *La coscienza religiosa nell'uomo moderno*, en *Quaderni* del Centro cultural “Jacques Maritain”–Chieti 1986, *pro manuscripto*, p. 15). Por eso, tener el sentido religioso tan despierto es la verificación de la fe, como hemos dicho tantas veces. Creemos defender a Cristo “hablando” de Él o de la compañía. Pero la modalidad más asombrosa para defender a Cristo es verlo resplandecer en una humanidad viva, en el brillo de ciertos ojos. Esta será siempre la verificación de la fe, lo que nos convencerá a nosotros y a los demás.

Por tanto, continuamos nuestro camino afrontando los capítulos siguientes de *Un brillo en los ojos*. Ante la situación en que nos encontramos, definida por un vacío de significado, por el avance de la nada, solo puede responder algo histórico, carnal, capaz de conquistar nuestra humanidad –tantas veces maltrecha, ocupada, reducida– y devolvernos toda la realidad y toda nuestra persona, permitiéndonos mirar todas nuestras heridas sin que nada quede fuera de esa novedad de la que hablábamos antes.

Entonces, después de identificar el problema al que todos nos enfrentamos –«¿Cómo colmar este abismo de la vida?»–, empecemos a ver cuál es el camino que recorrer para que cada vez sea más nuestra esta verificación de la fe, y por tanto cuál es el lugar en el que constantemente se nos despierta, se nos anima a caminar, para no volver atrás, hasta llegar a vivir toda la realidad como la vivía Jesús. Jesús también vivió la realidad con todos sus límites, no vivió en la estratosfera, vivió su vida humana igual que nosotros, en una realidad idéntica a la nuestra, ¿pero cómo vivió Él la realidad sin caer en el nihilismo? Ese es el camino que debemos hacer, porque Cristo vino precisamente para sacarnos del nihilismo. Solo si aprendemos a vivir la realidad como Él la miró y la vivió podremos verificar cuánto nos conviene la fe para vivir.

El trabajo de Escuela de comunidad continuará durante todo el verano con el libro *Un brillo en los ojos*, de esta manera:

- hasta mediados de agosto con los capítulos 3 y 4.
- hasta la Jornada de apertura de curso con los capítulos 5 y 6.

El libro va adjunto a *Huellas* de julio-agosto y también se puede comprar en formato e-book y en papel.

Puesto que el trabajo de Escuela de comunidad es sobre todo personal, aunque no podamos reunirnos en grupo, se puede ir leyendo igualmente alguna página al día, comentando lo que vamos descubriendo con la mujer o el marido, o con algún amigo. El verano no es una pausa en la vida, si no queremos hartarnos hasta del verano, y la Escuela de comunidad es una ayuda para vivir.

Meeting de Rímini: *Sin asombro nos quedamos sordos ante lo sublime*. En la web y en la App del Meeting está disponible el programa de la *Special Edition*, que se celebrará del 18 al 23 de agosto en el Palacio de Congresos de Rímini, en una modalidad principalmente online. Los límites objetivos impuestos por la emergencia sanitaria no han hecho decaer el corazón ni la naturaleza del Meeting, que con su patrimonio y su historia se propone como lugar de diálogo para compartir los interrogantes y preguntas existenciales que, especialmente este año, surgen de un modo nuevo. Cada uno desde su casa o su lugar de vacaciones podrá conectarse y eso hará menos obvia y más consciente la participación.

A partir del 31 de julio, será posible reservar la participación en los encuentros mediante la web y la App, hasta completar las plazas, y también se podrá reservar la visita virtual de las exposiciones guiada por sus comisarios. La participación en vivo desde el Palacio de Congresos de Rímini, según las prescripciones vigentes, estará permitida para un número muy limitado de personas.

Os invitamos a promover el Meeting difundiendo el programa y siguiendo los encuentros durante esa semana. Tal vez esta sea una ocasión para ampliar la platea del Meeting en todas partes porque nada nos impide invitar a amigos allí donde estemos de vacaciones, en un pueblo perdido en la

montaña o en el mar, pudiendo llegar quizás a más “visitantes” que antes. Puede ser una bonita ocasión para compartir con todos lo que nos ha sucedido.

El Meeting informa de que en algunas ciudades se instalarán puntos informativos y de conexión para seguir junto a otros los encuentros y espectáculos.

Por último, todavía es posible inscribirse como voluntario “embajador”, según las indicaciones que se encuentran en la web del Meeting.

Os recuerdo que la Jornada de apertura de curso tendrá lugar el sábado 26 de septiembre por la tarde, por videoconexión para todos. Si las normas lo permiten, solo se podrá seguir en pequeños grupos. A principios de septiembre comunicaremos las modalidades operativas para la conexión.

¡Buen verano a todos, queridos!

Veni Sancte Spiritus.

Gracias. ¡Y buen descanso!